

# DOS RELATOS

## mexicanos de tema gay del siglo XXI

León Guillermo Gutiérrez

**En cuanto a la homofobia, como concepto de fobia a la homosexualidad, fue utilizado por primera vez en 1971 por el psicólogo norteamericano George Weinberg. Y el diccionario de la Real Academia Española incluyó el término como: “Aversión obsesiva hacia las personas homosexuales”.**

El personaje homosexual entró de forma tímida y sesgada en la literatura mexicana desde el siglo XIX en las figuras del afeminado “el pollo” (*Chucho el Ninfo*, 1871) y “el lagartijo”. Pero será la famosa redada, efectuada el 16 de noviembre de 1901, de los 42 hombres (incluyendo al yerno del general Porfirio Díaz) asistentes al Baile de los 41 (mitad ataviados con elegantes fracs y el resto con suntuosos vestidos de mujeres) la que fijará en México, a través de los múltiples artículos periodísticos de la época y los grabados de José Guadalupe Posada, lo que ya existía en el inconsciente colectivo: el arquetipo del homosexual, así como la homofobia. Al hablar de arquetipo, lo hacemos desde la idea formulada por Carl Jung, quien introdujo el con-

cepto junto con el de inconsciente colectivo. Para Jung, los arquetipos son una tendencia a formar representaciones sobre un modelo básico que afecta emocionalmente a la conciencia. Según el concepto junguiano, David Huerta dice del arquetipo: “Es un *a priori* de la psique que rige la vida de la humanidad” (2). Mientras tanto, el inconsciente colectivo es un nuevo elemento de la mente donde se conserva información que poco varía entre una persona y otra. Huerta señala que para Jung “las representaciones arquetípicas colectivas son expresiones conscientes de los arquetipos, transmitidos generación tras generación, que cobran significado según el contexto en el que surgen” (2).

De acuerdo con lo anterior, podemos decir que el arquetipo de

lo que hoy conocemos como homosexual se ha representado de formas diversas en la historia de la humanidad. En el caso de México y su literatura, la novela *Los cuarenta y uno: novela crítico-social* (1906), escrita por Eduardo A. Castrejón, quien toma como base del argumento la fiesta del 16 de noviembre, ridiculiza a los protagonistas nombrándolos con mote femeninos, y los caracteriza con grotescos comportamientos con el objetivo de anatemizar la homosexualidad. Pero cobraron mayor importancia en el inconsciente colectivo las hojas impresas donde Posada los caricaturizó bajo el encabezado: “Aquí están los Maricones. Muy Chulos y Coquetones”, seguido de las cuartetas que relatan lo ocurrido de manera grotesca, detallando el atavío femenino de hombres a quienes llama jotitos, lagartijos, mariquitos, jotones. Detrás de estos apelativos también se configura el arquetipo del homosexual de principios del siglo XX en México como un hombre afeminado, de carácter débil, que rechaza las tareas propias de su género y siente atracción por otros hombres, situación que lo condena al rechazo social y al autocastigo. Su destino es una vida de humillación y sufrimiento.

En cuanto a la homofobia, como concepto de fobia a la homosexualidad, fue utilizado por primera vez en 1971 por el psicólogo norteamericano George Weinberg. Y el diccionario de la Real Academia Española incluyó el término como: “Aversión obsesiva hacia las personas homosexuales”. Aunque la palabra y su definición son de acuñación reciente, no lo es así su práctica. De acuerdo con los datos históricos, la persecución contra los homosexuales acusados de sodomía se inició en la Edad Media. Las variantes en los países de occidente han sido muy diversas a lo largo de los siglos. En lo que respecta a



México, se puede decir que con la redada de 1901 se inaugura en el inconsciente colectivo la homofobia, misma que se ha ido transformando al pasar de los años, al igual que el arquetipo del homosexual.

En México, desde hace varias décadas se ha cultivado el relato de temática gay, reproduciendo en la mayoría de los casos modelos donde el común denominador del discurso son el arquetipo y la homofobia formulados por las estructuras socioculturales en los tiempos históricos en que transcurren las narraciones que aquí se analizan. Es importante señalar que Mario Muñoz, en su artículo “Literatura del subsuelo”, consigna como “uno de los cuentos pioneros en tratar el tema [...] ‘Retrato de un estudiante’, de Jaime Torres Bodet, impreso en *El Ilustrado* el 7 de febrero de 1929” (2012, 11).

Si bien es cierto que a partir de la segunda mitad del siglo xx la cuentística sobre este tema ya no fue un tabú y dio origen a la primera antología en su género a cargo de Mario Muñoz: *De amores marginales. 16 cuentos mexicanos* (1996), el presente trabajo se ha centrado en el análisis de dos cuentos del siglo

**En México, desde hace varias décadas se ha cultivado el relato de temática gay, reproduciendo en la mayoría de los casos modelos donde el común denominador del discurso son el arquetipo y la homofobia formulados por las estructuras socioculturales.**

xxi. En los años que van del presente siglo el tema en cuestión se ha tratado de diversas formas, pero es necesario señalar que muchos autores, en la argumentación de los cuentos, han seguido basándose en el arquetipo y la homofobia.

Entrando en materia, en primer lugar tenemos el extenso relato “Los anacrónicos”, de Ignacio Padilla, que también podría funcionar como relato breve, ya que

la prolija historia que se narra es una digresión respecto a la verdadera trama que encierra. Aunque el tiempo parece elusivo, el tren suburbano donde el narrador se encuentra con el sobrino nieto del alférez Joaquín Bautista –junto con otros datos– nos ubica primero en la que podría ser la Guerra Cristera (1926-1929), por la alusión que se hace a los federalistas como los contrarios y las arengas del cura: “Cada tercer domingo del año y cada día por la tarde desde un mes antes de conmemorarse la histórica contienda” (Padilla, 2009, 29). Los protagonistas son militares y habitantes de un pequeño poblado, posiblemente del Bajío o de Los Altos de Jalisco, en la década de los veinte, lo que denota una normatividad de comportamiento regida por dos de los más preciados valores de estas comunidades, el militar y el religioso. La estructura narrativa es compleja, apela a la fragmentación y la desarticulación de tiempo y espacio; la acción se detiene para construir la historia con recuerdos, testimonios, intrigas, rumores y la memoria colectiva del pueblo. La digresión es el recur-



so que utiliza para hacer avanzar la historia que se centra en la importancia del Regimiento Santa Engracia y la celebración de la única batalla ganada en la guerra que perdieron.

Tratando de dar un orden lineal a los sucesos de la trama, que encierra en sí más de un secreto, la acción es detonada por el suicidio del alférez Joaquín Bautista, el viejo veterano de 70 años, poco antes de una conmemoración más de la batalla del Zurco. De inmediato llega a su casa el organizador del evento y correligionario del difunto, el capitán Nicolás Margules, quien busca infructuosamente en la casa del alférez unos documentos que supuestamente incriminaban al Regimiento en la muerte a traición del general Iruegas a manos de uno de los suyos y no del ejército federalista. En una de las tantas digresiones se da cuenta (en voz de una sobrina del occiso) de que un año antes de su muerte el alférez había roto su relación con los combatientes que quedaban, al enterarse del brutal asesinato a cuchilladas, en un burdel del pueblo vecino, de un hermoso joven (criticado por sus modales afemi-

**En el relato de Ignacio Padilla, que le valiera recibir en 2008 el Premio Rulfo-Radio Francia, el arquetipo de la homosexualidad descansa en la presencia del autor de las misivas, quien es representado como un joven de extraordinaria belleza y denostado por su afeminamiento.**

nados), que había llegado junto con otros compañeros para representar a los federalistas en la celebración anual. Muchos años después, el sobrino nieto del alférez, Carlos Lagunas, narra que una década antes, al ir a visitar el pueblo encontró debajo de la puerta de la recámara del alférez la caja que tanto buscó el capitán Nicolás Margules, la cual contenía, atado

con una cinta, un manajo de cartas de amor dirigidas por el joven acuchillado a su tío abuelo. El narrador da fin a la historia con una escueta frase: “Lo único cierto era el silencio.” (34)

La secrecía que también se preserva en la narración de Padilla se ajusta perfectamente al deseo de inviolabilidad del secreto más caro que un hombre, bajo las circunstancias históricas que lo rodean, pudiera guardar: su homosexualidad. Pero no cabe duda que la historia que al final se revela (sin que se transcriban las epístolas) es la de la intensidad pasional entre los dos hombres, la que nos recuerda los versos de Pellicer escritos en 1931 en el gran poema “Recinto”: “Que se cierre esa puerta / que no me deja a estar a solas con tus besos”.

En el relato de Ignacio Padilla, que le valiera recibir en 2008 el Premio Rulfo-Radio Francia, el arquetipo de la homosexualidad descansa en la presencia del autor de las misivas, quien es representado como un joven de extraordinaria belleza y denostado por su afeminamiento. Anteriormente, en el imaginario popular, la extre-

ma belleza masculina se asociaba con la homosexualidad, como si esta misma la propiciara. El discurso homofóbico que se esconde, salta a la vista en la saña con que es asesinado el bello joven. Llama la atención que el homicidio ocurriera en un burdel, a donde los hombres acuden a saciar sus deseos carnales. Tal parece que la hermosura varonil era para ellos provocadora y representaba una amenaza para su “hombria”.

El segundo cuento a analizar es “Gatos pardos”, de Iris García (2009). La historia se inserta en la provincia, pero en este caso la escenografía que le sirve de marco es el estado de Guerrero y, más precisamente, el puerto de Acapulco, convertido por el crimen organizado en una de las ciudades más peligrosas del país.

Iris García, con “Gatos pardos”, se une al movimiento literario llamado realismo sucio (*dirty realism*), que ha cobrado fuerza en las últimas dos décadas. Sin lugar a dudas, en México la influencia mayor se debe al escritor cubano Pedro Juan Gutiérrez (autor de *Trilogía sucia de La Habana* y *El Rey de La Habana*). Pero los verdaderos orígenes del realismo sucio se remontan a los años ochenta en Estados Unidos, teniendo como máximos exponentes a Raymond Carver y Charles Bukowski. Como todo movimiento, algunas de sus características y elementos se van adaptando a las realidades regionales, por lo que encontramos variantes en los países en que se cultiva. Si en un principio narraba el dramatismo de historias de personajes marginales en la sordidez del exceso de drogas, alcohol y sexo, en América Latina encontró una nueva mina para las editoriales según lo señala Anke Birkenmaier, quien afirma que:

Más que categoría crítica, el realismo sucio ha llegado a

**Sin entrar en discusiones de si se trata de una renovación estética o de un oportunismo editorial, es cierto que esta escritura ahonda en temas poco convencionales que calan en la sociedad, con un tratamiento en el que no valen los escrúpulos ni las buenas costumbres.**

ser una etiqueta comercial para designar a la generación joven de escritores latinoamericanos como la representó el Boom para los escritores publicados a partir de los años sesenta. Si nos fijamos en Google, nos salen reseñas o noticias de prensa de algunos escritores cubanos, mexicanos y norteamericanos que asocian el término con lo abyecto y lo pornográfico, la violencia, una estética de la “basura”, y hasta una tendencia a lo políticamente incorrecto, al machismo y el sexismo. (2004, 1)

Sin entrar en discusiones de si se trata de una renovación estética o de un oportunismo editorial, es cierto que esta escritura ahonda en temas poco convencionales que calan en la sociedad, con un tratamiento en el que no valen los escrúpulos ni las buenas costumbres. Más bien se podría tratar de una autoposía (en este caso) al cuerpo vivo de ciertos sectores de la sociedad contemporánea.

En este orden de ideas, el cuento de Iris García abre con una frase que es un verdadero puñetazo: “Tanto pedo por otro pinche puto” (2009, 31). Sustantivo, pronombre y adjetivo se fusionan en una bala de alto calibre. La denotación peyorativa es devastadora. En la oración pensada por Jesús Palomino Alberto, alias *Chucho el Loco*, comandante de la Policía

Judicial del Estado, el ser homosexual no alcanza siquiera la humanización; por el contrario, esta condición es definida como la cosificación de lo más abyecto que se hace de un hombre. La trama narra las peripecias sexuales y criminales de Martín Flores, director de Averiguaciones Previas de la Procuraduría. Siempre acompañado, protegido y solapado por la fidelidad de Chucho el Loco, Martín Flores, drogado con cocaína, sale a los burdeles más sórdidos en búsqueda de travestis para saciar sus instintos homoeróticos, y después del acto los asfixia hasta la muerte. Su justificación ante Chucho el Loco (que se encarga de limpiar la escena del crimen y deshacerse de los cadáveres) es que, según él, se había confundido y en su favor dice: “Pinches putos, si se meten de putas, por lo menos que se inyecten las chichis” (39). Con angustia pregunta y a la vez afirma: “¿Verdad que no soy puto, pinche Chucho?” (38)

En este relato se presentan nuevos arquetipos de la homosexualidad que han reclamado nuevas taxonomías, de respeto en un caso, y denigratoria en el otro; así aparecen los apelativos: puto, marica, travesti, vestida, mayate, viejas con regalo. Y es que desde hace un par de décadas las organizaciones mundiales de homosexuales se han agrupado en las siglas LGBTT, designando a lesbianas, gays, bisexuales y transgéneros. Dentro del mundo gay se dan otros subgé-



neros, que la mayoría de las veces son referidos de manera despectiva para los llamados travestis, vestidas y locas. Al respecto, el escritor chileno Pedro Lemebel es quien ha puesto en el centro del debate la postura políticamente incorrecta ante los sectores marginales de la homosexualidad.

En el relato, Iris García revela la compleja red de corrupción desde las entrañas mismas de las instituciones encargadas de la administración de justicia, donde el arquetipo y la homofobia alcanzan su grado más alto al ser los travestis mercancías sexuales y víctimas de un asesino serial que en cada crimen busca dar muerte a su propia homosexualidad.

A través de estos dos relatos, el arquetipo y la homofobia se manifiestan bajo la mirada particular de cada una de las historias. También se evidencia la evolución del homosexual desde el personaje literario que en un principio quiere pasar inadvertido hasta aquel que desea mostrarse en público vestido de mujer y prostituirse, lo que

habla de la diversidad de manifestaciones de la homosexualidad misma. Sin embargo, en ambos cuentos el drama y la tragedia han ido de la mano, representados en las humillaciones, las vejaciones, la destrucción de vidas y el crimen de odio. En resumen, arquetipo y homofobia se convierten en el discurso narrativo. **LPyH**

#### REFERENCIAS

- Birkenmaier, Anke. 2004. "El realismo sucio en América Latina. Reflexiones a partir de Pedro Juan Gutiérrez". *Miradas. Revista del audiovisual* 6: 1-8. Acceso el 26 de diciembre de 2016. [http://www.pedrojuangutierrez.com/Ensayos\\_ensayos\\_Anke%20Birkenmaier.htm](http://www.pedrojuangutierrez.com/Ensayos_ensayos_Anke%20Birkenmaier.htm)
- De Cuéllar, Tomás. 1975. *Historia de Chuchito el Ninfo*. México: Porrúa.
- García, Iris. 2009. "Gatos pardos". En *Ojos que no ven, corazón desierto*. México: CONACULTA / Fondo Editorial Tierra Adentro.
- Huerta, David. 2012. "El inconsciente colectivo de Carl Gustav Jung": 2-10.

- Acceso el 17 de diciembre de 2016. <http://davidhuerta.typepad.com/blog/2012/02/el-inconsciente-colectivo-de-carl-gustav-jung.html>
- Monsiváis, Carlos. 2010. *Que se abra esa puerta. Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual*. México: Paidós.
- Muñoz, Mario. 1996. "Prólogo". En *De amores marginales. 16 cuentos mexicanos*. Compilado por Mario Muñoz. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- . 2012. "Literatura del subsuelo". *La Palabra y el Hombre* 23: 9-13.
- Padilla, Ignacio. 2009. "Los anacrónicos". *Revista de la Universidad de México* 61.
- Piglia, Ricardo. 2001. *Formas breves*. Barcelona: Anagrama.
- Zapata, Luis. 1983. "De amor es mi negra pena". En *De amor es mi negra pena*. México: Panfleto/Pantomima.

**León Guillermo Gutiérrez** es doctor en Literatura Iberoamericana por la UNAM. Poeta, narrador y ensayista. Ha publicado numerosos libros y artículos sobre literatura iberoamericana. Es profesor-investigador en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y miembro del SNI.